

ALBERTO
ENTREVISTA

Carles Cano, un cuentacuentos imaginativo

Josep Antoni Fluixà*



A principios de la década de los 80, surgía en la Comunidad Valenciana una primera generación de escritores y escritoras que crearon una auténtica literatura valenciana dirigida a los niños y adolescentes. Dentro de este grupo, y en lugar destacado, estaba Carles Cano, un nombre imprescindible también en la LIJ española. Escritor, guionista en radio y TV, cuentacuentos, Cano ha sido capaz de transformar imaginativamente elementos de la tradición cuentística oral.

A pesar de su más que evidente relativa juventud, ya que nació en el año 1957 y, por lo tanto, apenas supera el ecuador de los 40, Carles Cano es, sin lugar a dudas, uno de los escritores valencianos pioneros en el campo de la literatura infantil y uno de sus más destacados valores. Junto con el de Empar de Lanuza, su nombre figuró con fuerza en aquella primera generación de autores que a

principios de los años 80 protagonizó la creación de una auténtica literatura valenciana dirigida a los lectores más pequeños, a los niños y a los adolescentes. Una literatura que, en épocas anteriores había sido prácticamente inexistente, salvo honrosas excepciones entre las cuales, tal vez, cabría señalar la extraordinaria obra de recopilación de la cuentística popular valenciana realizada por Enric Valor.

Con la llegada de la democracia, a finales de los años 70, la sociedad valenciana vivió un período de profundos cambios y de transformación cultural que propició la aparición de un renovado núcleo de autores, con una buena preparación académica, que optó por la normalización literaria de la lengua propia de los valencianos: el catalán, en su variante lingüística valenciana. Posteriormente, la introducción de ésta en



«Cuando empecé a escribir, me di cuenta de que, si quería aprender, tendría que leer mucho. Pensé que sería más fácil escribir cuentos que novelas, así que empecé a devorar cuentos: todo Poe, Cortázar, Pere Calders, Enric Valor, que me cautivó...»

el sistema educativo, a partir del año 1983, con la aprobación de la Ley de Enseñanza y Uso del Valenciano, provocó la necesidad urgente de unos textos de lectura adecuados a las capacidades de las distintas edades del alumnado escolar. Todo ello facilitó la vocación literaria de unos escritores que empezaron a especializarse en el público lector infantil, sin apenas contar con una sólida infraestructura editorial, gracias a algunos premios de carácter local o a las publicaciones realizadas bajo el respaldo económico de las instituciones públicas o privadas. Éste fue el caso de Carles Cano y de otros tantos, no muchos por desgracia.

La literatura infantil y juvenil valenciana no viviría su eclosión hasta los años 90, con la consolidación de las actuales empresas editoriales.

MARTA BALAGUER, LEGENDES DEL SOL I DE LA LLUNA, EMPÚRIES, 1991.



MARGARITA MENÉNDEZ, EL VIENTO TARABANA, BRUÑO, 1997.



MARTA BALAGUER, CONTES ROSEGATS, BROMERA, 1991.

Datos biográficos y literarios

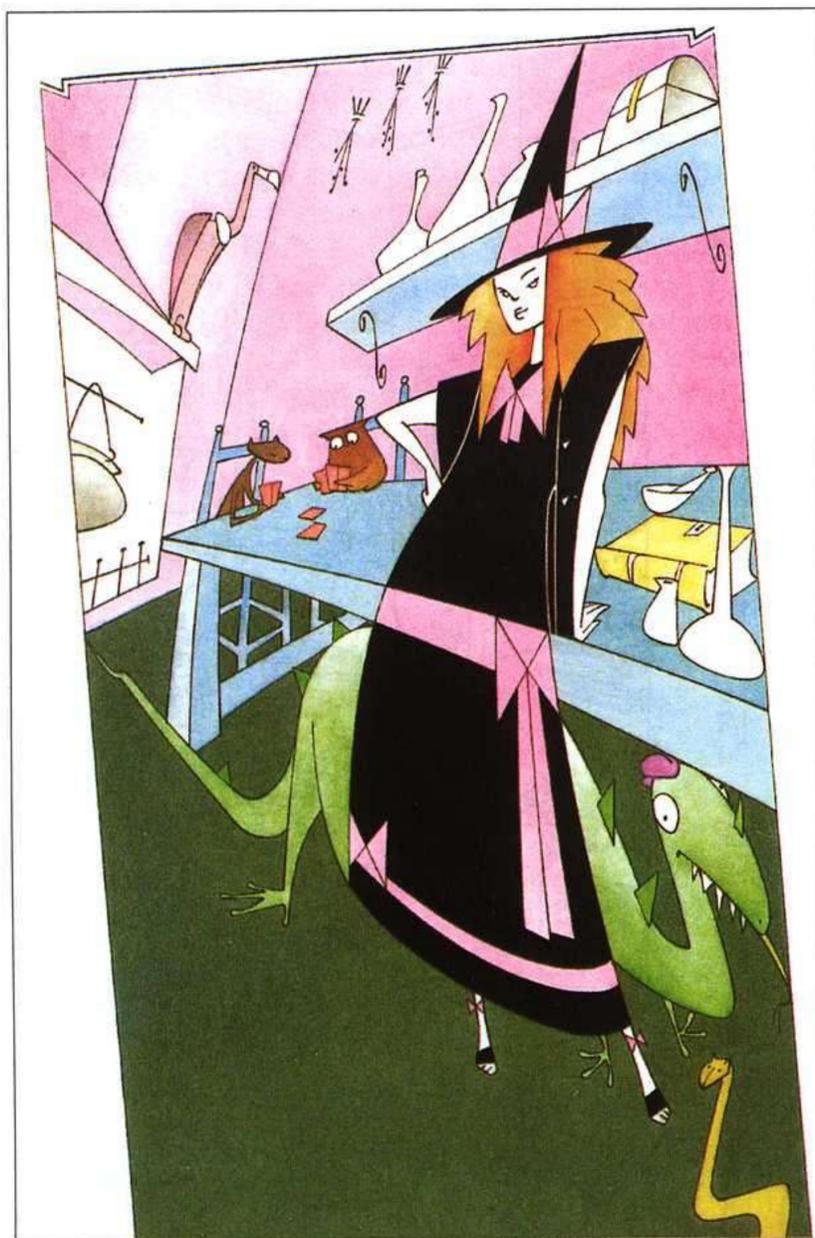
Nacido en Valencia, se licenció en Filología por la Universidad Literaria de dicha ciudad y publicó su primera narración tras ganar el primer premio de narrativa infantil del III Certamen Literario Fiestas de San Juan de Massanassa, en junio de 1982. Pero, no obstante, se dio realmente a conocer tras la publicación de su primer libro, *Aventures de Potaconill*, obra con la que quedó finalista del Premio Enric Valor del año 1981 y que fue editada el 1983 por la Federación de Entidades Culturales del País Valenciano. A esta obra, le siguieron otras con las que Carles Cano se convirtió pronto en uno de los autores más constantes en el cultivo del género infantil y en una referencia ineludible de aquella primera promoción de autores

que ejercieron de verdaderos fundadores de la actual literatura infantil y juvenil valenciana. Obras tan representativas de su etapa inicial como *Llegendes del sol i la lluna*, *Pericot Rodaire Voltamon*, *L'últim dels dracs* o *La fada pastissera*. En ellas destacaba ya su predisposición a un tipo de cuento, o de narración, que, partiendo de elementos tradicionales de la cultura oral, era capaz de transformarlos imaginativamente para modernizarlos y convertirlos en referentes comunicativos válidos para las nuevas generaciones de lectores. Una capacidad, ésta, que no ha perdido con los años, siendo, quizás, uno de los pocos autores de aquella primera época que todavía sigue productivo y presente en el panorama actual de la literatura infantil y juvenil valenciana con obras recientes de notable validez literaria, como, por ejemplo, *T'he agafat*,

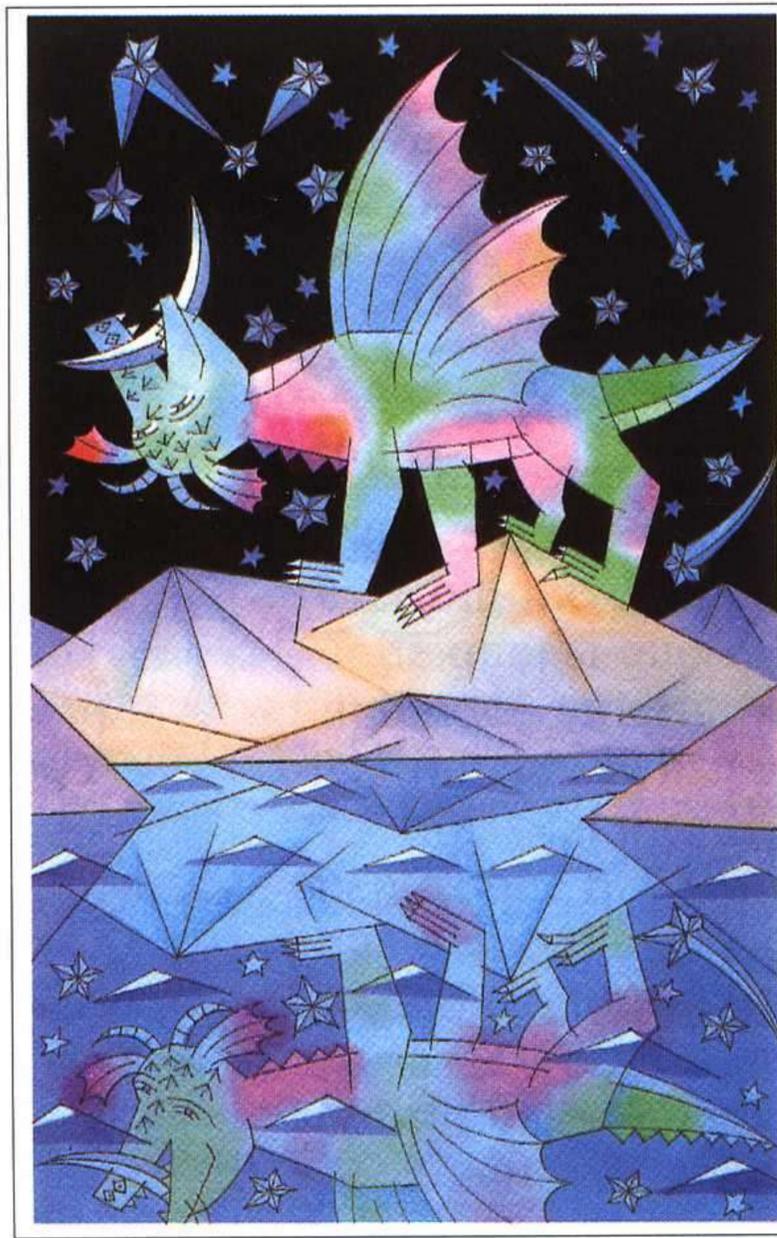
Caputxeta, *Contes per tot l'any* y *Capgirell, l'illa llibre*. Gracias a las cuales ha obtenido numerosos premios que lo acreditan como uno de los escritores valencianos más prestigioso y conocido fuera de las fronteras territoriales autonómicas: Premio Lazarillo, en 1994; Premio Samaruc de la Asociación de Bibliotecarios Valencianos el año 1996, y seleccionado en la White Raven de la Biblioteca Internacional de la Juventud de Munich, en 1995, y en la Lista de Honor de la CCEI, en 1998. Muchas de sus obras, además, han sido traducidas al castellano y a otras lenguas españolas.

El autor: sus palabras

Por todo ello, le entrevistamos para poder conocer un poco más su persona-



PACO GIMÉNEZ, LA FADA PASTISSERA, CONSELLERIA DE CULTURA, EDUCACIÓ I CIENCIA DE LA GENERALITAT VALENCIANA, 1986.



MIGUEL CALATAYUD, EL ÚLTIMO DE LOS DRAGONES, ANAYA, 1990.

lidad, y las raíces humanas y estéticas en las que se asienta su obra. Con tal fin, nos citamos con él a la salida de una de sus innumerables actuaciones de cuentacuentos que realiza, tanto dirigidas a niños como a adultos, a lo largo y ancho de toda nuestra geografía.

Carles Cano es un hombre de estatura más bien pequeña y con cara de niño ingenuo y, a la vez, travieso. Sonriente siempre como un duende, sus ojos brillan con una alegría que nace, sin duda, de la pasión con la que impregna todas sus actividades y que, por fortuna, transmite a los demás, a quienes le rodean. Personalmente, fascinado todavía por los ecos de la última narración escuchada, noto como una agradable placidez se ha apoderado de mí, ahuyentando la ansiedad que provoca, a menudo, mi ajetreada agenda de compromisos.

Sentados en torno a la mesa de un bar, nos disponemos a iniciar la conversación, no sin antes haber pedido unas aguas minerales, con gas la suya, y unas aceitunas rellenas que pido al camarero, con la mirada cómplice y divertida de Carles Cano, que capta inmediatamente mi intención de complacer una de sus más reiteradas reivindicaciones, puesto que en muchas de sus participaciones como ponente o contertulio de mesas redondas, citando la autoridad de Ramón Gómez de la Serna, solicita de los organizadores una generosidad mayor que la de la simple botella de agua para aclarar la voz de los oradores. Con todo dispuesto, pues, iniciamos ya nuestra conversación.

— *La mayoría de los autores valencianos que a finales de los años 70 y*

principios de los 80 empezaron a escribir obras literarias para niños y jóvenes lo hicieron movidos por la necesidad de disponer de textos de lectura adecuados a la edad de sus alumnos, con los que poder enseñar la lengua propia de los valencianos que se introducía tímidamente en el sistema educativo después de un largo período histórico de marginación social y cultural. ¿Fue éste su caso o, por el contrario, la suya fue una vocación literaria anterior a su posterior dedicación docente? Cuéntenos un poco cuáles fueron sus orígenes literarios.

— No, por aquel entonces yo no tenía alumnos y ni siquiera sabía si alguna vez los tendría. Empecé a escribir por una apuesta, de una manera fortuita, como creo que suceden la mayoría de cosas importantes de nuestras vidas, por com-

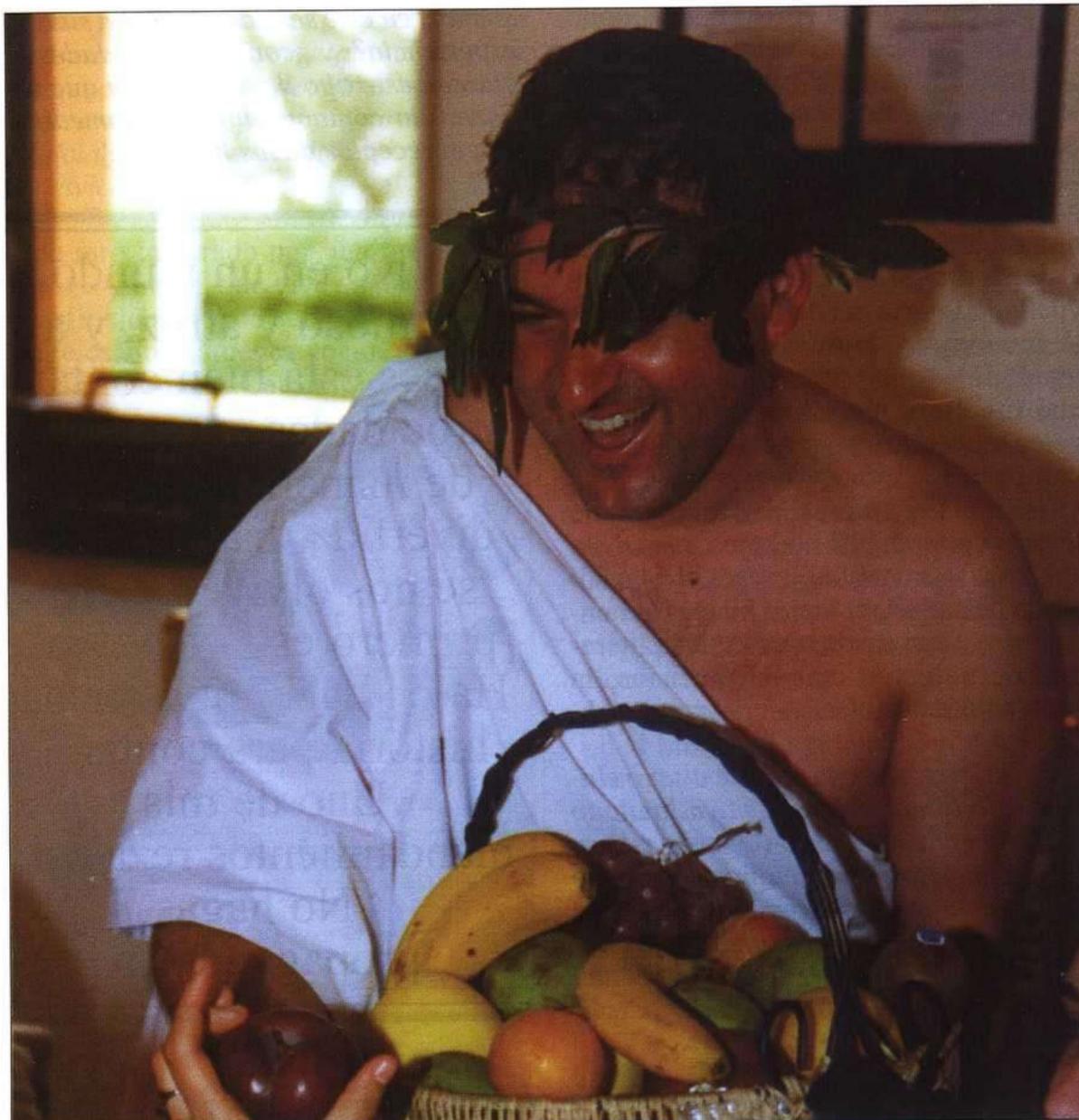
binaciones azarosas. Estaba en casa de un amigo comiendo, y vino con la noticia de que había un concurso de cuentos por el que, por diez folios, daban 100.000 pesetas de premio. Esto, en los años 80 u 81, representaba un pastón. Hicimos una apuesta a ver quién era capaz de escribir diez folios en forma de relato y la gané yo. El concurso, por supuesto que no,

«Para mí, descubrir a Carroll fue una auténtica revelación, un lujo. Aquel tipo jugaba con el lenguaje con una inteligencia, un ingenio y una gracia asombrosas y, de alguna forma, me sentí desde el principio muy identificado con esa utilización tan loca de la lengua.»

pero estas cosas uno se las enseña a los amigos, por pura vanidad y a mis amigos les gustó, y me dijeron: «Oye, pues tiene gracia, por qué no te dedicas a esto». Y, poco a poco, casi sin darme cuenta me vi escribiendo, con la suerte de que publiqué muy pronto y eso me animó a seguir.

— Cítenos algunas de sus lecturas predilectas durante los años de su infancia y adolescencia.

— Yo era un buen lector, aunque no tenía libros. Estuve interno en un colegio de monjas desde los 8 a los 14 años, la etapa crucial para formarse como lector. Allí sólo había una vitrina con libros de religión. A pesar de eso, recuerdo que devoraba fragmentos de novelas o de cuentos que venían en los libros de lenguaje; y, en Navidad, con las «estrenas»,



del poco dinero que me daban los padrinos y los tíos, siempre guardaba algo para comprarme uno o dos libros de Verne, de aquellos que publicaba Bruguera con páginas de cómic intercaladas.

— ¿Gozó usted, además de esas lecturas de obras escritas, de un ambiente familiar y de un entorno social favorable a la literatura de transmisión oral? Es decir, ¿tuvo la oportunidad de escuchar muchos cuentos?

— Mi padre, que era el que contaba historias en casa, murió cuando yo tenía 8 años y las monjas no eran muy propensas a la fantasía y los cuentos. A pesar de eso, recuerdo perfectamente cómo empezaba mi padre la historia que siempre nos contaba: «Con una flauta bajo el brazo y una pluma en el sombrero...». Después supe que se trataba del flautis-

ta de Hamelin. También me contaba cuentos mi prima Mari Luz, y mi madre, la historia del cocodrilo, un cuento que nos narraba a mi hermana y a mí para comer. Supongo que tenía tanta necesidad de cuentos, de historias, que los pocos que me contaron se me quedaron muy grabados.

— Se lo he preguntado porque en una gran parte de su obra apreció una clara influencia de la tradición oral, muy marcada, sobre todo, en sus narraciones iniciales, pero presente a lo largo de toda su obra. ¿Cuál cree que ha sido o sigue siendo la incidencia de este tipo de literatura popular en su literatura?

— Cuando empecé a escribir, me di cuenta de que, si quería aprender, tendría que leer mucho. Pensé que sería más fácil escribir cuentos que novelas,

así que empecé a devorar cuentos: todo Poe, Cortázar, Pere Calders, Enric Valor, que me cautivó y me hizo llegar a otras fuentes, como Joan Amades, los Grimm, Andersen, Carroll..., que me habían escamoteado en la infancia. Me encontraba muy cómodo e identificado con este tipo de literatura, la literatura fantástica y de tradición oral, e intenté darle la vuelta, contarla desde un punto de vista moderno y humorístico. Continué teniéndola muy presente, porque es una literatura muy depurada, sin oropeles innecesarios, directa al grano, acción, pura acción, y eso me encanta: «Érase una vez un rey...» o un perro, no importa si eran altos o bajos, blancos o negros, listos o tontos, a veces con un adjetivo basta: cruel, viejo, malvado, bondadoso... Se aprende mucho de la literatura de tradición oral: la precisión, la contención, la síntesis...

— Tal vez por eso, su papel en relación a la literatura no se haya limitado estrictamente al campo de la escritura, ya que, con sus actuaciones en directo en innumerables centros escolares y en actos culturales, ha reivindicado, en cierta forma, la figura y la necesidad del cuentacuentos o narrador oral. Expli-

quenos, en este sentido, ¿cuál ha sido su experiencia?, y ¿con qué finalidades se plantea este tipo de actividades que suponen un contacto directo e inmediato con el receptor de las historias?

«Vivo en un mundo hermoso y atroz, y a veces está bien contar atrocidades aunque sea de manera irónica o divertida, para que no se nos olvide... Pero primero es la historia. Ha de haber una buena historia para contar...

Uno de mis mandamientos reza así: “No hagas propaganda”.»

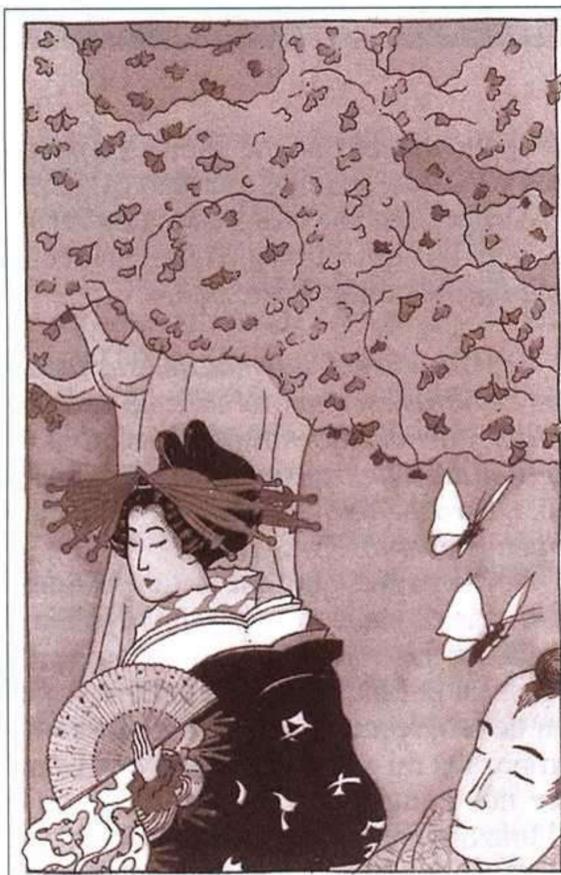
— También empecé a contar cuentos de manera casual, me llamaron de un colegio en el que habían leído una obra mía y querían tener una entrevista conmigo y conocerme. A mí me pareció que podía ser un rollo estar una hora contestando preguntas y se me ocurrió preparar algunas actividades para hacer con los alumnos y también aprendí un cuento, por si en algún momento decaía la cosa, poder salir del paso. Al principio, siempre contaba el mismo y, poco a poco, fui incorporando otros, para no cansarme de contar. Casi sin darme cuenta, fui haciendo un repertorio y, de repente, empezaron a llamarme de sitios donde no querían hablar de mi obra sino escucharme contar cuentos. Contar es una experiencia maravillosa, todos queremos que nos cuenten, dejarnos llevar, mecer por una buena historia, y crea una relación muy íntima, cordial, cercana. Cuando cuentas un cuento estás regalando algo muy hermoso, y eso, el que escucha, aun de manera inconsciente, lo sabe. Por eso enseguida te trata como a un amigo, como alguien cercano. Casi siempre que tengo encuentros con chavales empiezo contando algún cuento, porque, además de concentrar la atención, crea un ambiente muy cálido, muy relajado, aunque sea un cuento de miedo. Contar crea unos vínculos que no los crea ninguna otra cosa, por ello siempre recomiendo a los maestros y a los profesores que les cuenten historias a sus alumnos.

— Pero en sus obras, además de reflejar este componente de oralidad del que hemos hablado hasta ahora, claramente visible en el estilo narrativo, en la estructura argumental de las historias y en la elección de determinados personajes, es evidente también la existencia de otro componente más imaginativo y transformador de la realidad, presente, por lo menos, desde su segundo libro Aventuras de Potaconill. ¿Supone ello una influencia en su obra de una corriente literaria de tradición más culta —es decir, escrita— que tendría su exponente en obras como Alicia en el país de las maravillas, de Lewis Carroll?

— Sí, sí, indudablemente. Para mí descubrir a Carroll fue una auténtica revelación, un lujazo. Aquel tipo jugaba con el



CÉSAR MORAGUES, LA GUERRA D'EN TIP TAP, GREGAL LIBRES, 1987.



FEDERICO DELICADO, CONTES PER A TOT L'ANY, ANAYA, 1997.

lenguaje con una inteligencia, un ingenio y una gracia asombrosas, y de alguna forma me sentí desde el principio muy identificado con esa utilización tan loca de la lengua.

— *¿Trata, por tanto, de armonizar en su obra tradición y modernidad?*

— Sí, desde el primer momento y, aunque pueda parecer en algún caso lo contrario, con un gran respeto por la tradición.

— *Un aspecto que particularmente encuentro digno de resaltar en sus obras es el hecho de profundizar o exponer, a través de los recursos literarios de la tradición oral y de la imaginación más vanguardista, determinados temas de actualidad que necesariamente han de provocar una visión o actitud crítica y reflexiva por parte del lector. Me refiero, por ejemplo, a su apuesta en defensa de la diversidad y el respeto a los demás, reflejada en su primera obra Quasi un conte de fades (Casi un cuento de hadas). ¿Responde ello a una intencionalidad predeterminada antes de empezar a escribir sus historias?*

— Nunca me planteo la intención o la moraleja final de una historia, pero claro, uno es hijo de su tiempo y es como es, y en sus historias, aun sin proponérselo, sale su ideología, su idiosincrasia, su manera de entender el mundo. Siempre en tus historias, por muy fantásticas y disparatadas que sean, estás tú.

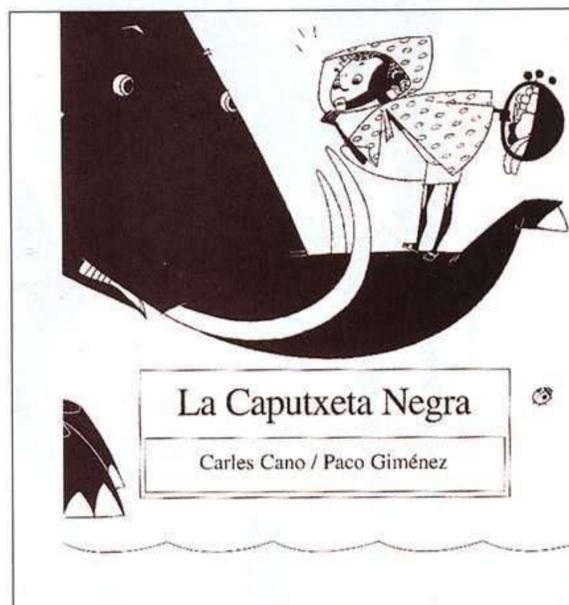
— *La defensa de la naturaleza está presente también en algunas de sus obras como La guerra d'en Tip-Tap. ¿Cree que la literatura infantil debe reflejar este tipo de problemáticas y tomar partido a favor de una decidida concienciación ecológica?*

— Claro, ¿por qué no? Las historias que más nos llegan, las que de verdad nos tocan el corazón, son aquellas que hablan de las cosas que nos importan y, si hay algo que les importe a los chicos y chicas, esto es la ecología.

— *Hay un cuento suyo, El vent esbojarrat (El viento alocado), seleccionado en la lista de Honor de la CCEI el año 1998, que de una manera muy sencilla plantea una crítica feroz en contra del*

poder y de las actitudes bélicas, fruto de la intransigencia, ¿cree que el escritor en general, y en particular el que se dirige a niños y a jóvenes, no ha de renunciar a hacer explícito su compromiso cívico y social?

— En absoluto. Un escritor no es un tipo raro inspirado por una fuerza misteriosa y única, que vive en una torre de marfil elucubrando sobre el sexo de los ángeles, no. Al menos yo no. Vivo en un mundo hermoso y atroz, y a veces está



bien contar atrocidades o la imbecilidad, aunque sea de manera irónica o divertida, para que no se nos olvide, para que estemos siempre alerta ante el desastre. Pero primero es la historia. Ha de haber una buena historia para contar eso o cualquier otra cosa. Uno de mis mandamientos reza así: «No hagas propaganda».

— *Háblenos ahora de sus personajes. ¿Por qué en sus obras, sobre todo iniciales, aparecen tantas hadas y dragones? ¿Ejercen en usted estas criaturas una fascinación especial?*

— Son manifestaciones de lo oculto, del mundo interior. Los dragones me parecen unos animales fascinantes y hubo una época en que en la literatura infantil sólo aparecían como unos personajes ridículos y patéticos. Habíamos pasado del monstruo terrible, demoníaco, de la Edad Media, al extremo contrario: unos bichos tontos que se daban porrazos en bicicleta. Me apetecía hacer algo diferente, ni una cosa ni otra, un dragón bueno pero listo, capaz de transportarnos a sus palacios misteriosos y con un final muy sorprendente. De ahí nació *El último de los dragones*.



PACO GIMÉNEZ, ¿EN QUÉ SE DIFERENCIAN EL BLANCO Y EL NEGRO?, AURA COMUNICACIÓN, 1994.

PACO GIMÉNEZ, ¡¡¡PAPÁÁÁ...!!!, ANAYA, 1999.



— *Es evidente, pues, que los personajes de los cuentos tradicionales le atraen, pero, sin duda, es el de Caperucita Roja el que le produce mayor atracción, porque a él le ha dedicado, al menos, tres libros: uno de ellos, T'he agafat Capuxeta! (¡Te pillé, Caperucita!), Premio Lazarillo 1994. ¿Qué tiene Caperucita que le gusta tanto?*

— A mí, *Caperucita* me parece el cuento de cuentos. Hay cientos de versiones de ella, de todas clases: chistes, novelas, anuncios, películas... Creo que es un cuento perfecto que funciona como un mecanismo de relojería, todo está donde debe estar. Es el cuento que todo el mundo conoce y tienes la ventaja de que, en cualquier variación que hagas, va a estar presente el original, como punto de referencia, de comparación. Eso te obliga también a ti a ser original, a hacer algo

que nadie haya hecho, y a hacerlo bien, porque el modelo es muy bueno. Es una especie de reto.

— *¿Y Pinocho?*

— Es un personaje extraordinario. La historia, al final, peca un poco de moralista, aunque tiene cosas muy bonitas y muy tiernas. Pero Pinocho como personaje es formidable, un auténtico hallazgo, una especie de extraterrestre ingenio y curioso de quien todo el mundo pretende aprovecharse.

— *Tal vez, después de todo lo que nos ha dicho ya, sería hora de que nos hablase un poco de sus referentes literarios actuales. ¿Qué obras y que autores le interesan?*

— ¡Uf! Borges, me fascina. Siempre. Después están Italo Calvino, Edgar Allan

Poe, Lewis Carroll, Gabriel García Márquez, Pere Calders, Marguerite Yourcenar, Joan Fuster, Joan Brossa... y tantos otros. En cuanto a obras, me encantan las que me atrapan desde el primer momento, las que se meten en tu vida de manera que estás deseando poder continuar como sea, buscarte un rincón para zambullirte en

«Nunca me planteo la intención o la moraleja final de una historia, pero uno es hijo de su tiempo y es como es y, en sus historias, aun sin proponérselo, sale su ideología, su idiosincrasia, su manera de entender el mundo. En todas tus historias, por fantásticas y disparatadas que sean, estás tú.»

ellas, aquellas que te producen un sentimiento contradictorio: por un lado no puedes parar de leer y, por otro, disfrutas tanto que no quieres que se acaben. Por citar alguna *El conde de Montecristo*, de Dumas, o *El ocho*, de Katherine Neville, que leo en estos momentos.

— *Y, concretamente, ¿cómo ve el panorama de la literatura infantil y juvenil por lo que respecta a los escritores valencianos?*

— A ver, siempre es difícil y comprometido contestar este tipo de preguntas y tendemos a escabullirnos. Creo que hay buenos escritores y buenas obras, pero echo en falta un poco de riesgo. Pienso que nos vendría bien, un poco de descaro, un pelín de atrevimiento, de aire fresco.

— *¿Cómo cree que se refleja esta si-*

tuación fuera de las fronteras administrativas de la Comunidad Valenciana? ¿Se conoce la literatura escrita por los valencianos?

— Poco, todavía somos pocos los que publicamos en otras lenguas diferentes de la nuestra, sea castellano, gallego o euskera y, dentro de nuestro ámbito lingüístico, en Cataluña nos tratan como hermanos pequeños, y en Baleares me da la impresión de que, sencillamente, no existimos.

— ¿Considera necesario y urgente que haya una crítica literaria capaz de atender con veracidad e imparcialidad la variada producción escrita de los autores valencianos?

— Y la de los gallegos, y los extremeños y los vascos, y... Hay muy poca crítica, más que crítica, lo que hay son reseñas, que muchas veces se han de leer entre líneas para averiguar si aquel libro es bueno o es malo, es decir, si le parece bueno o malo al reseñador. Pero incluso esto se nos escamotea a los escritores valencianos. Apenas aparecen reseñas en los medios de comunicación de nuestras obras. La verdad es que esta situación, como se suele decir, es manifiestamente mejorable.

— ¿Qué papel deberían ejercer los medios de comunicación? ¿Cree que su actuación podría ser favorable respecto a una mejor difusión de las obras y a un mayor conocimiento de los autores?

— ¡Y tanto! Tal vez parezca que siempre nos estamos quejando, pero son contadísimas las ocasiones en que aparecemos en los medios; y claro que sería favorable para la difusión de nuestras obras. Estaría bien que se acordaran de que, además de Tolkien y J.K. Rowling, hay otra gente, más modesta, que también nos dejamos el alma escribiendo.

— Por cierto, usted trabajó a lo largo de 159 programas como guionista y locutor del programa *El Trencauous de Canal 9 Radio*, y también como guionista durante cuatro años, de 1990 a 1994, del programa televisivo *A la balà*, de la programación infantil de Canal 9 TV Valen-

ciana, además de haber participado en otros programas de radio y televisión. ¿Cuál ha sido, en este sentido, su experiencia? ¿La considera positiva profesionalmente?

— Magnífica. El tiempo que trabajé en radio y televisión fue estupendo desde el punto de vista profesional. Aprendí muchas cosas, pero en especial aprendí que si tienes historias que contar, lo otro, adaptarte al medio, es fácil. Lo importante siempre es el contenido, lo demás se aprende.

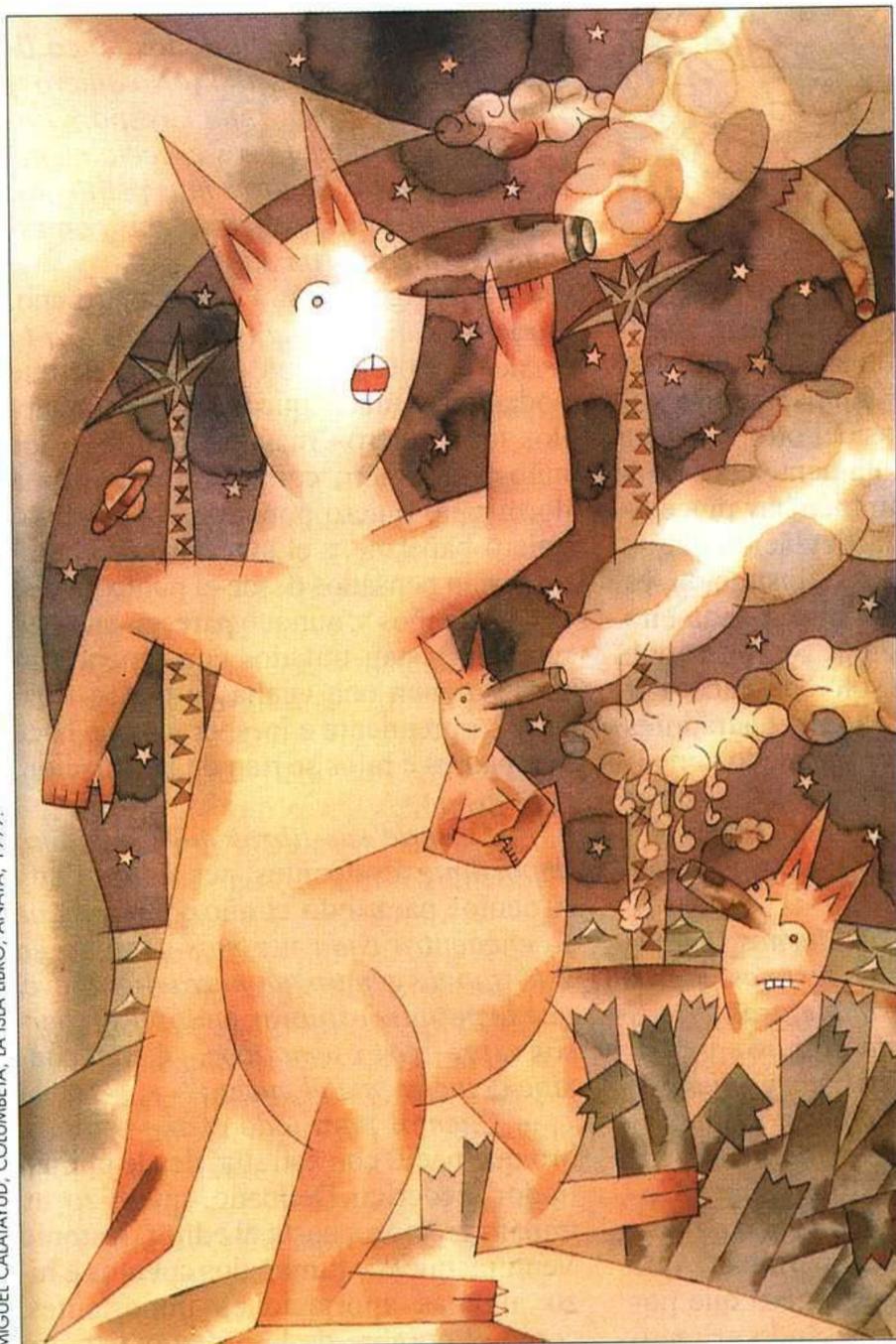
— En la actualidad, ¿cree que la programación televisiva infantil en general, y en particular la de la Televisión Valenciana, ejercen una adecuada función recreativa y educativa hacia los telespectadores?

— Pues, depende. Hay algunos programas interesantes y divertidos como *Art Attack*, pero en general, aparte de la sobredosis de dibujos animados, en los programas infantiles veo mucho griterío y mucho *play-black*. Parece que todos estemos inmersos en una gigantesca «operación triunfo» y no creo que esto sea muy educativo, la verdad.

— ¿Considera factible y enriquecedora una mayor presencia, implicación y participación de los escritores de literatura infantil y juvenil, o al menos de sus historias, en la realización de los programas televisivos infantiles?

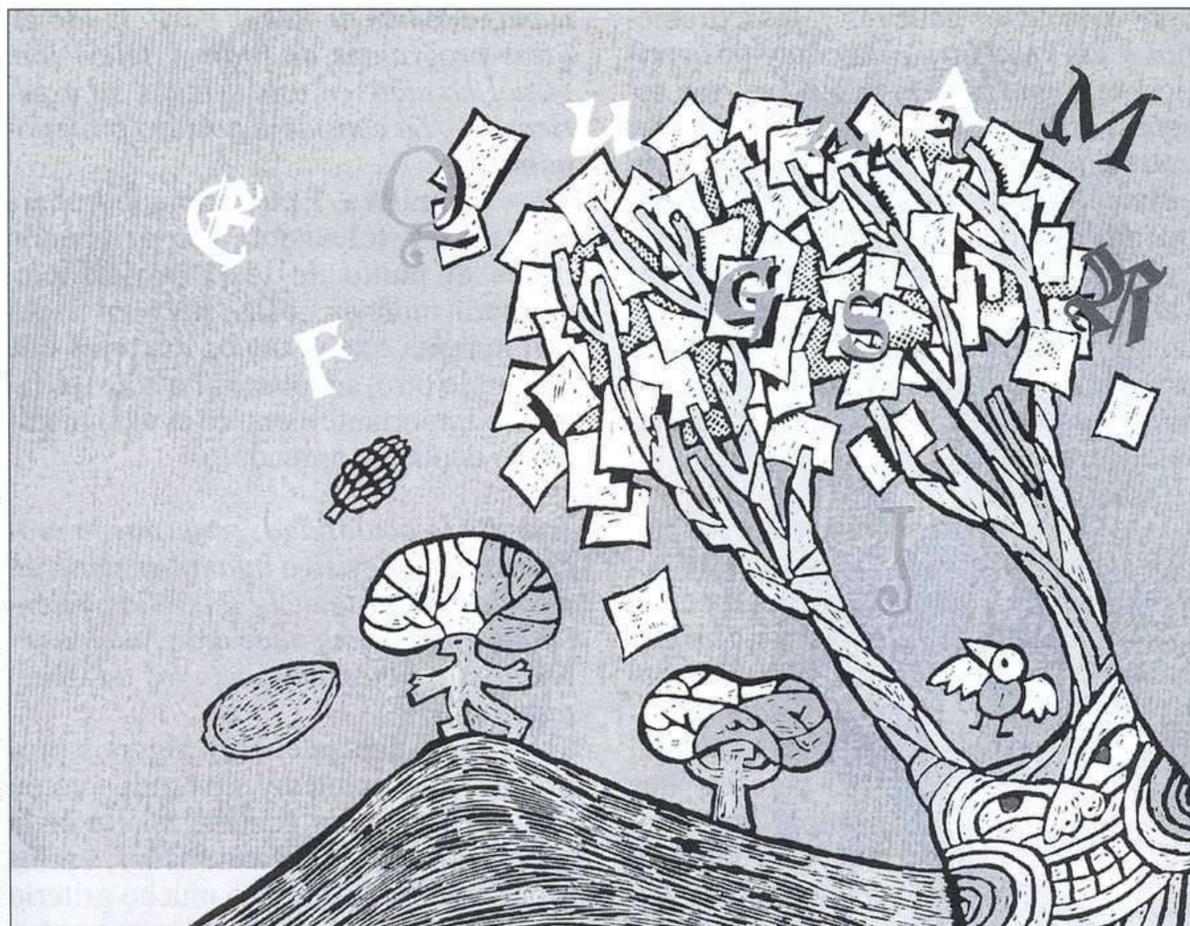
— Sería muy deseable que a los programadores de televisión se les ocurriera pensar que los escritores de literatura infantil y juvenil tenemos cosas interesantes que decir, pero parece como si viviéramos en realidades paralelas. De todas formas, nunca hay que despreciar; igual alguno se vuelve loco y nos llama.

— Cambiemos de tema sin abandonar del todo el referente visual de la imagen. Sus libros han tenido la suerte, desde un principio, de contar con la participación de importantes ilustradores. De entre todos ellos, cabe destacar Paco Giménez con el que desde el inicial *Aventures de Potaconill* ha establecido usted una estrecha colaboración que se ha manifestado, posteriormente, en la elaboración de libros en los que el texto y la imagen se interrelacionan mutuamente, como,



MIGUEL CALATAYUD, COLUMBETA, LA ISLA LIBRO, ANAYA, 1999.

CARLOS ORTÍN, EL ÁRBOL DE LAS HOJAS DIN A-4, KALANDRAKA, 2000.Q



por ejemplo, los de la serie "En qué se diferencian". Cuéntenos cuál ha sido su relación con este ilustrador y cómo consideran su trabajo en común.

— Tuve la inmensa suerte de que mi primer trabajo en solitario lo ilustrase Paco Giménez y, desde el primer momento, establecimos una muy buena sintonía: estábamos encantados el uno con el otro. Por eso valoro mucho la ilustración, cuando pruebas lo bueno, no te vale lo mediocre. Un libro es un objeto múltiple, con muchas caras, y no sólo ha de contener una buena historia, también ha de ofrecer unas buenas imágenes de ella, tener una buena maquetación, un tipo adecuado de letra, ser agradable de tener en las manos... Todo ha de ir en una misma dirección: seducir al lector. El trabajo con Paco Giménez es muy interesante. Él se lee el texto al menos tres o cuatro veces; la primera, como un lector cualquiera que pretende disfrutar de la historia, en la segunda anota todas aquellas imágenes que han ido surgiendo con más fuerza, a partir de la tercera empieza a distribuir las imágenes en la premaqueta y es, a partir de aquí, cuando nos reunimos y empezamos a discu-

tir, a comentar y a dibujar con la palabra. Conforme va creciendo la parte ilustrada nos vamos viendo, tanto él como yo, aceptamos sugerencias del otro, es decir el texto no está absolutamente cerrado y en las ilustraciones también hay pinceladas mías. El juego, la articulación que se da entonces entre textos e ilustración, es mucho más interesante que si cada uno trabajara por su cuenta. Siempre que puedo trabajo así, no sólo con Paco. Por eso, casi siempre elijo a mis ilustradores y tengo suerte de haber trabajado con algunos de los mejores y, excepto en un par o tres de ocasiones, estoy muy satisfecho del resultado.

— No deberíamos olvidarnos tampoco de un libro suyo cuyo texto es, quizá, una de sus obras más ambiciosas y ricas desde un punto de vista literario, y cuya edición magnífica es, al mismo tiempo, todo un placer estético gracias a las ilustraciones de Miguel Calatayud. Nos referimos a Capgirell, l'illa llibre (Columbeta, la isla libro). Háblenos de él.

— *Columbeta*... fue un trabajo que pensé con Paco Giménez, pero que por razones de tiempo fue pasando primero

a Javier Serrano, después a Miguel Calatayud, otra vez a Paco Giménez y, por última y definitiva, a Calatayud, que hizo un trabajo maravilloso. Este periplo duró diez años, pero mereció la pena esperar. Yo tenía claro que quería que uno de ellos lo ilustrase y aguanté. En este oficio se te hace una paciencia de santo, pero prefiero no publicar a publicar mal. *Columbeta* es una isla que ha descubierto el profesor Lambert Palmart, un inventor de palabras. Es una isla-libro y está habitada por unos animales tan gramáticamente fantásticos y extrañamente ortográficos que parecen sacados de un libro de matemáticas. La primera parte nos cuenta el origen de la isla y la segunda es una especie de bestiario de los animales que la habitan.

— Háblenos también de los cinco libros de la serie «No vull» («No quiero») ilustrados por Rosa Anna Crespo y Enric Soler. Son unos libros especialmente destinados a los lectores más pequeños. ¿Surgen, tal vez, de su vena más contestataria e inconformista?

— Supongo que sí. Hice primero uno, *No vull anar a escola* (*No quiero ir a la escuela*) y después me di cuenta de que podía hacer una pequeña serie con aquellos «No quiero» más habituales en los niños: no quiero comer, no quiero ir a dormir, no quiero ponerme esa ropa, no quiero bañarme y el anteriormente citado. Están pensados desde el punto de vista de los niños y, aunque parecen un poco rebeldes, están tratados con mucho humor y tienen una vuelta de tuerca final muy sorprendente e inesperada que hace que padres e hijos se rían de la situación.

— Otro de sus libros que considero importante es *Contes per a tot l'any* (*Cuentos para todo el año*). Parece que se encuentra cada vez más cómodo en este tipo de género, de narración breve, que le permite explorar múltiples recursos expresivos y temáticos. ¿Cómo concibe actualmente el cuento?

— *Cuentos para todo el año* es un libro que nació con estrella, desde el ilustrador, Federico Delicado, que hizo un trabajo precioso, hasta el editor, Antonio Ventura, que me tumbó dos cuentos e hizo algunas aportaciones importantes, como el nombre de la protagonista, to-

dos trabajamos con mucha ilusión, y eso se nota en el resultado final. Me gusta mucho hacer libros de cuentos. Se tocan muchos temas diferentes y después tienes el *handicap* de que todo tenga un mismo aire, que haya alguna historia que los unifique. Además, cada vez me gusta más la brevedad, el disparo certero. Al menos lo intento, un cuento es una flecha lanzada a toda velocidad contra una diana y ha de arrastrar al lector hasta el blanco.

— *En su libro Contes rosegats (Cuentos roídos) hay una historia que nos habla de unas ratas de biblioteca y que nos plantea la necesidad de ser imaginativos a la hora de utilizar recursos que potencien la lectura entre los niños y los*

jóvenes. ¿Cómo cree usted que se puede transmitir mejor el hábito y el placer de la lectura?

— Leyendo y contando. Participando de aquello que nos produce placer, compartiéndolo. Si somos capaces de transmitir el entusiasmo que nos ha producido determinado libro, estoy segura de que los chicos y chicas querrán leerlo. Pero para eso hemos de ganar el tiempo de leer, que nunca es tiempo perdido, y hacerle un hueco en la escuela y en la casa.

— *Díganos, por último, desde su experiencia como docente, si la escuela cumple o no en la actualidad con su función en relación con el fomento de la lectura.*

— No. En general, creo que no. Aunque cada vez, por suerte, hay más honrosas excepciones.

En este punto, la entrevista finaliza, pero la conversación sigue por otros derroteros menos formales. Instalada la cordialidad entre ambos, las palabras dan pie a la confidencialidad y al debate, y también, ¡cómo no!, a la última historia, o mejor dicho penúltima, como los buenos bebedores. La capacidad de fabulación de Carles Cano parece no tener límite y cualquier nueva situación le sugiere una anécdota más, un chiste diferente o un cuento sin fin. ■

*Josep Antoni Fluixà es maestro y escritor.

Bibliografía

Quasi un conte de fades, Massanassa: Ajuntament de Massanassa, 1983.
Aventures de Potaconill, Valencia: Edicions de la Federació d'Entitats Culturals del País Valencià, 1983. Nueva edición: Empúries, 1990.
Llegendes del sol i la lluna, Valencia: Gregal, 1985. Nueva edición: Empúries, 1991.
Pericot Rodaire Voltamón, Valencia: Gregal, 1985. Existe edición en castellano en la misma editorial.
L'últim dels dracs, Barcelona: La Magrana, 1986. Existe edición en castellano —*El último de los dragones*— en Anaya, 1990.
La fada pastissera, Valencia: Generalitat Valenciana. Conselleria de Cultura, Educació i Ciència, 1986.
La guerra d'en Tip-Tap, Valencia: Gregal, 1987. Existe edición en castellano en la misma editorial.
Historia de una receta, Madrid: Anaya, 1988. Existe edición en valenciano en la misma editorial, 1993.
Contes rosegats, Alzira: Bromera, 1990. Existe edición en castellano —*Cuentos roídos*— en Anaya, 1994.
«Un drac a dieta», en *Els contes de Nana Bunilda*. Vol. 1. Barcelona: RTVE/Ediciones Toray, 1992.
La gallina que pogué ser princesa, Madrid: Anaya, 1993. Existe edición en castellano en la misma editorial.
En què es diferencien el mar i un elefant, Barcelona: Aura Comunicació, 1993. Existe edición en castellano en la misma editorial.
En què es diferencien una selva i un abecedari, Barcelona: Aura Comunicació, 1993. Existe edición en castellano en la misma editorial.

No vull anar a l'escola, Valencia: Tàndem, 1993.
No vull menjar, Valencia: Tàndem, 1993.
En què es diferencien el blanc i el negre, Barcelona: Aura Comunicació, 1994. Existe edición en castellano en la misma editorial.
No vull posar-me aquesta roba, Valencia: Tàndem, 1994.
No vull banyar-me, Valencia: Tàndem, 1994.
Els viatges de Perico, Madrid: Anaya, 1995. Existe edición en castellano en la misma editorial.
¡T'he agafat, caputxeta!, Alaquàs: Bruño, 1996. Existe edición en castellano en la misma editorial.
La Caputxeta Negra, Picanya: Edicions del Bullent, 1996.
Caperucita de colores, Madrid: Bruño, 1996.
No vull anar a dormir, Valencia: Tàndem, 1997.
El vent esbojarrat, Barcelona: Bruixola, 1997.
Contes per a tot l'any, Madrid: Anaya, 1998. Existe edición en castellano en la misma editorial.
Papààà...!!!, Madrid: Anaya, 1999. Existe edición en castellano en la misma editorial.
Capgirell, l'illa llibre, Madrid: Anaya, 1999. Existe edición en castellano en la misma editorial.
On es el nas de Pinotxo?, Alzira/Valencia: Bromera/Tàndem, Editors Associats, 1999. Existe edición en castellano, euskera y gallego publicada por Editores Asociados.
El pirata que va furtrar les estrelles, Valencia: Marjal, 1999. Existe edición en castellano —*El pirata que robó las estrellas*— en Edebé, 1999.
L'arbre de les fulles DIN A-4, Pontevedra: Kalandraka, 2000. Existe edición en castellano en la misma editorial.